

EXEGESIS

por

FRANCISCO DE APARICIO

Al realizar el rápido resumen de arqueología santiagueña, en la segunda reunión de esta "Semana", traje intencionalmente el recuerdo de mi curso de 1929. Con más razón debo de hacerlo al dar mi interpretación acerca de los hallazgos arqueológicos.

Creí oportuno, por aquel entonces, recordar mi impresión ante las primeras piezas santigueñas. Al mostrarme Rivet, en el Museo de Historia Natural de París, una pequeña pero selecta colección enviada por los hermanos Wagner, preguntó: —¿De dónde cree usted que viene esto? —Del Noroeste argentino — respondí sin hesitar. —¿No cree usted que puede ser peruano? —No. Al responder tan categóricamente a estas preguntas, sabía bien que no hubiera podido precisar más de seguir el interrogatorio. Aun cuando en aquel momento sólo estaban visibles hermosos tios polieromos y faltaban los elementos que singularizan la cerámica santiagueña, y de los cuales luego hemos de ocuparnos, comprendí en el acto que aquel conjunto, si bien debía de proceder del Noroeste argentino, presentaba un matiz diferente de lo conocido hasta entonces.

Ignoraba en aquella ocasión e ignoraba también en 1929 que esa misma había sido la opinión de Ambrosetti después de describir, precisamente, la sumaria colección que reuniera en Tarapaya. Mas, luego de apreciar en conjunto el acervo cultural de los aborígenes de Santiago del Estero, la interpretación no es tan fácil y la respuesta ha de ser cautelosa y asentada sobre hechos concretos.

Las noticias históricas relativas a los aborígenes que poblaban las riberas de los grandes ríos santiagueños han sido interpretadas y comen-

tadas de diversas maneras. En otra ocasión hemos dado nuestra opinión que sería inoportuno puntualizar ahora¹. En mérito a la brevedad hemos de limitarnos a recordar que — a estar a las fuentes más antiguas y fidedignas — el país estuvo habitado por un pueblo de “gente limpia y bien dispuesta”, vestido y sedentario. Sus bohíos “muy grandes” los agrupaban en pueblos de “a ochocientos y a mil casas puestas por sus calles”, que cerraban con palizadas. Practicaban una agricultura superior, adaptación notable a las condiciones del ambiente, y criaban, asimismo, “ovejas como las del Perú”. Acerca de su vida espiritual sabemos por autorizada referencia de Cieza: “no comen carne humana, aborrecen el pecado de la sodomía, son grandes hechiceros, tratan con el demonio, tienen determinadas prácticas funerarias”, etc.

Es principio general para todo el continente que la arqueología revele, en cada país, la existencia de pobladores antiguos, de cultura análoga a la de los aborígenes que encontró el conquistador. Santiago del Estero no hace excepción.

Los restos arqueológicos podrían atribuirse a los pobladores proto-históricos, pero es necesario someterlos previamente a breve análisis².

(¹) FRANCISCO DE APARICIO, *Los aborígenes del Noroeste Argentino* (versión taquigráfica de un curso dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores, durante los meses de agosto y septiembre de 1933, en *Cursos y Conferencias*, III, núms. 8, 11, 12, IV, núms. 1 y 4; Buenos Aires, s/d.

(²) OUTES, respondiendo a la inquisición de un diario vespertino, sintetizó su opinión en los siguientes términos: “Tengo para mí que los restos materiales reunidos en los llanos orientales de Santiago del Estero, pertenecen a una cultura en cierto modo local; simplemente prehispánica, y que subsistía aún, precariamente, en los comienzos del siglo XVII. Me refiero a la del gran complejo étnico conocido con la designación genérica de Tonocoté, que ocupaba, en el momento histórico del descubrimiento, las llanuras boscosas situadas al oriente de Ancasti y del Aconquija, como las cuencas de los ríos Dulce y Salado. Los Tonocotés, que comprendían varios subgrupos, todos ellos sedentarios y agricultores (Isistínés, Oristínés, Toquistínés y, quizá, los Lufés), eran hombres que por su idioma, y por ser récios y de elevada estatura, se diferenciaban de los que habitaban los valles intermontanos del Noroeste argentino. Sin embargo, la vigorosa personalidad cultural de estos últimos influenció sus artes, industriales, como lo evidencian algunas de las piezas obtenidas; mientras, por otra parte, llama la atención, al examinar el aspecto facial y lateral del cráneo dado a conocer por “Crítica”, su semejanza con cierto tipo morfológico frecuente en la región septentrional de Córdoba.

De la cultura a que he aludido, prescindiendo del rico material reunido por los señores Wagner, sólo se conocen pocos jaloneados aislados: las alfarerías obtenidas, hace ya muchos decenios, en las márgenes del río Dulce a poca distancia de la capital de la provincia; las coleccionadas en Tarapaya; la hermosa urna descubierta no lejos de Robles; y el enterratorio del Arroyo del Medío, en el Chaco jujeño, situado, precisamente, en el linde de la montaña y la selva, y que parece señalar hacia el Norte — al menos hasta ahora — la máxima expansión de sus manifestaciones”. (“Crítica”, Buenos Aires, 17 de septiembre de 1929).

Interesa, ante todo, definir sus vinculaciones con los pueblos vecinos. La analogía de algunos objetos de cerámica santiagueña con restos semejantes de la limítrofe “provincia” de los diaguitas es tan grande que pueden confundirse. Pero, apreciado en conjunto, el acervo arqueológico santiagueño difiere en grado muy apreciable, del procedente de regiones vecinas. Difiere por la presencia de elementos propios que no existen en el patrimonio de los demás pueblos andinos de nuestro país; difiere, asimismo, apreciando, aisladamente, la decoración de la cerámica santiagueña realizada con motivos comunes a otros pueblos, pues aquélla presenta caracteres de composición y estilo peculiares, absolutamente inconfundibles. Considero innecesario insistir acerca de los motivos a que aludo, dirigiéndome a un público de especialistas o estudiosos. Refiérome, desde luego, a la representación humana y, en particular, a la manera de estilizarla; a la presencia de lágrimas y de manos; de aves, ofidios y otras figuras zoomorfas; al empleo frecuente de grecas y motivos análogos de aspecto geométrico, etc. Podría agregar, aún, la forma general de los vasos cuyos especímenes más conspicuos son la urna y el pucó.

De los elementos propios o, al menos, no registrados en otros pueblos del Noroeste argentino el más notable e importante es, desde luego, la nariguera. Adorno frecuentísimo en la representación de la famosa “deidad”.

Teniendo en cuenta todos estos elementos de juicio, en 1929, llegué a la siguiente conclusión: la cultura de los aborígenes de Santiago del Estero debe de considerarse como una prolongación de la cultura diaguita; los caracteres particulares que la singularizan son fácilmente explicables y permiten distinguir un nuevo grupo dentro de aquel vasto complejo cultural.

Creía en aquel entonces, y sigo creyendo, que es más prudente y justo designar con una sola palabra — diaguita — a la cultura de los antiguos pobladores del extenso territorio que los conquistadores llamaron “provincia de los diaguitas”. No tenemos, a mi entender, información suficiente como para establecer culturas diferentes. En cambio, estamos en presencia de acervos arqueológicos regionales que presentan distingos esenciales, especialmente si se los aprecia desde el punto de vista artístico.

Sabios, sin duda, estuvieron nuestros predecesores que se limitaban a distinguir "estilos".

Estas diferencias muy evidentes han movido a algunos autores a establecer, dentro de aquella región, diversas culturas. Culturas que fueron, también, bautizadas con más o menos acierto. La verdad en su punto: bastante menos que más.

Pero como la discrepancia es un tanto bizantina, más cuestión de palabras que de conceptos, puesto que sólo se funda en la interpretación e importancia de aquellos elementos diferenciales, no habría inconveniente alguno en poner un poco más a la moda mi antigua interpretación. Diríamos, entonces, que la cultura de los aborígenes de Santiago del Estero es semejante, muy semejante a las que se desarrollaron en la vecina área diaguita. La presencia de la nariguera constituye la diferencia más notable. Elemento intrusivo que podemos considerar aculturado de los vecinos pueblos chaqueños.

La especiota de la milenaria antigüedad de la cultura santiagueña tiene, obvia decirlo, tanto fundamento como su vinculación con los bravos raptos de Elena. Ningún yacimiento arqueológico argentino ha proporcionado, hasta hoy, elementos de juicio para atribuir antigüedad, relativa o absoluta, a los restos que encerraba. Excepción hecha, va de suyo, de los restos extraídos de terrenos antiguos, geológicamente hablando, o de los objetos de manufactura europea cuyo valor cronológico escapó a toda interpretación. De varios yacimientos santiagueños se han exhumado cuentas de vidrio. Es indudable, por lo tanto, que algunos aspectos de aquella cultura, por lo menos, han alcanzado tiempos protohistóricos.

Antes de terminar esta exposición es de estricta justicia confesar que esta interpretación en la cual coincidimos todos, en líneas generales, fué dada ya en 1901 por Ambrosetti. La perspicacia del sabio gastador permitiéndole acertar, como tantas veces, disponiendo de muy escasos elementos de diagnóstico. Su tesis es cautelosa y prudente pero de una gran clarividencia. Acaso por simple y por lógica no pudo ser aceptada por los creadores de la "Civilización chaco-santiagueña".

En el curso de una conferencia Duncan Wagner¹ atrevióse a hacer

(¹) DUNCAN L. WAGNER, *La civilización chacosantiagueña* (conferencia pronunciada en el Centro Naval el 23 de abril de 1932); Buenos Aires, 1932.

esta afirmación que por cierto poco lo honra: "Después de haber hecho la descripción de la bella pieza que tenéis ante vosotros, en la que veía una representación de alguna divinidad atmosférica alada que adoraban, sin duda, las antiguas razas de la República Argentina, Ambrosetti¹ exclamó: "¿Quiénes serían estos indios que nos han dejado tan extraños ejemplares de su arte cerámico?". Nos felicitamos en poder dar hoy una respuesta a la cuestión planteada, hace muchos años, por aquel precursor de la arqueología argentina y que había quedado sin contestación, lamentando mucho que quien tanto hubiera deseado recibirla, no esté aún entre nosotros".

Y bien, no es cierto que Ambrosetti se contentara con el interrogante. Si planteó aquella pregunta fué para dar, a renglón siguiente, esta respuesta que, en lo fundamental, es aceptada con rara unanimidad por todos los especialistas del país y del extranjero: "Las analogías de los fragmentos de Tarapaya con los encontrados en la región Diaguita-calchaquina de Catamarca, y la representación mitológica de la urna Jesús Fernández, que tiene algo que ver con las otras representaciones de la misma región, como también la coincidencia de los hallazgos citados por el doctor Moreno de moluscos (de especies que viven actualmente en el Océano Pacífico) en urnas conteniendo huesos humanos hallados en las orillas del río Dulce y también en los valles Calchaquíes me hacen suponer con algunos visos de verdad que se trata de los mismos indios y de la misma civilización, esa civilización que podemos llamar: Diaguita-Calchaquí"².

(¹) JUAN B. AMBROSETTI, *Noticias sobre la alfarería prehistórica de Santiago del Estero*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, LI, 175; Buenos Aires, 1901.

(²) Métraux, años más tarde, al comentar la aparición de la obra de los Wagner, expresó idéntica opinión: "Grâce à eux, nous savons maintenant que l'admirable civilisation diaguito-calchaqui, qui a fleuri dans le nord-ouest de l'Argentine jusqu'à la conquête espagnole, s'est étendue dans la plaine à l'est. Les civilisations andines ont exercé une forte influence sur la culture des peuples de la pampa voisine, influence qui s'est manifestée aussi bien dans le domaine des arts que de la linguistique. On parlait la langue kakana à Santiago del Estero jusqu'au milieu du XVIIIe siècle.

La céramique de Santiago del Estero entre dans le cadre de la culture diaguito-calchaqui avec quelques petites variations locales comparables à celles qui se présentent dans la décoration de la poterie de Catamarca, par exemple." (ALFRED MÉTRAUX, *Archéologie sudaméricaine*, en *Journal de la Société des Américanistes*, XXVII, 256; Paris, 1935).